

# Alambique

## La herencia

*Fernando Berumen Fernández*

*So I never could tell where you  
Put your foot, your root,  
I never could talk to you.  
Sylvia Plath*

El viento que llegaba del sur murmuraba sobre el ruido ciudadano. Las hojas caídas de los aligustres y pirules se envolvían en pequeños remolinos con la brisa inestable y chocaban con los pies de los transeúntes que viajaban sobre las pendientes tapizadas de hidráulico, de las que emergía una ruidosa imagen de edificios desiguales con ventanas abiertas. Si yo hubiera estado afuera, caminando, ese horizonte torpemente trazado me habría hecho sentir pequeño y deseoso de ocultarme bajo la sombra de un aligustre.

No era así. Yo estaba como inerte, recostado en la camilla de un hospital público sin sistemas de ventilación, cegado e intranquilo por el exceso de luz blanca en la sala. Había tenido una sobredosis intencional de medicamentos, y ese día papá fue a visitarme. Él hablaba, pero no sé realmente de qué, no le presté verdadera atención; solo rascaba mis dedos y pellizcaba, sobre el pecho, mi bata aguamarina, al mismo tiempo que pensaba en la desgracia de que la farmacología barata no me haya matado. Algo me dolía desde hacía años.

—No voy a conseguirme otra mujer —dijo papá, de pronto, sentado en esa sillita de cuero sintético, pegado a mi camilla.

Bajé las manos y dejé de rascar. Me sentía claustrofóbico, y mis lágrimas también. No podía verlo a los ojos, raramente hacía contacto visual con nadie. Pensar en moverme endurecía mi cuerpo. Mis piernas, hormigueantes, comenzaron a transpirar.

—Y ahora que no estoy con tu mamá y contigo, tú eres el hombre de la casa —continuó papá.

Mi carne viva se tensó más. Sentí una urgencia de lazar al piso las sábanas blanquecinas que me cubrían, erguirme en mi camilla, tocar con los pies el epóxico frío y correr para ocultarme bajo la sombra de un aligustre del horizonte torpe; sentía náuseas y el sabor de las tiritas de pollo con zanahorias que comí esa tarde regresó quimificado a mi paladar.

«Pa, ¿qué es eso?», deseé preguntarle cuando mi cuerpo liberó un poco de tensión. Yo no quería ser alguien por tener veinte años, el hombre mayor del hogar: lo quería por sentir y ser consciente de mi dolor; no quería una *herencia*: quería llorar, imaginarme frágil y sensible, y después sonreír. Entenderme.

¿Por qué papá me daba esa *herencia* y no me dejaba conocer mi vida? ¿Por qué no me preguntó, antes, cómo me sentía bajo la horrible luz de ese hospital?

«—Hijo, ¿sigues somnoliento, incapaz de hablar, con taquicardia por los medicamentos?».

Papá no decía ese tipo de cosas.

—Está bien, pa —le respondí finalmente, con la mirada fija en el cuerpo inmóvil que formaban mis pies cubiertos por las sábanas, como si fuera un joven amortajado apreciando su mortaja.

Cuando escuchó mis palabras, sus labios se alargaron y el cuerpo se inclinó hacia mí para envolverme con los brazos; su barba raspó mi abdomen.